

Charlotte Nicole Davis

LA
CASA
DE LAS
NOCHES
ROTAS

CROSS
BOOKS

Charlotte Nicole Davis

LA
CASA
DE LAS
NOCHES
ROTAS

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta S. A.

© del texto: Charlotte Nicole Davis, 2019
Traducción: Ariadna Molinari Tato
© Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA m.r.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21547-9
Depósito legal: B. 17.105-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Doce horas antes

La mano de Aster ansiaba un cuchillo, pero tuvo que conformarse con cerrarse en un puño.

Acechaba en la esquina de la habitación color ciruela, mirando a Madre Fleur mostrarle a Clementine su nueva y opulenta residencia, en claro contraste con el cuarto lleno de literas en el que dormían las Chicas del Amanecer. Se tragó el asco que le subió a la boca mientras Clementine absorbía todo aquello. Como toda Chica de la Buena Suerte, Clem comenzaría su decimosexto cumpleaños con una bienvenida al mundo de las Chicas del Ocaso, y lo terminaría ahí, en esa habitación, con su Noche de Suerte.

Fue ese último pensamiento el que hizo a Aster desear un arma, la idea de su hermana atrapada ahí con la escoria que frecuentaba la Casa de Bienvenida. Pero no tenía ningún sentido luchar contra lo que venía. No si una palabra mal dicha bastaba para que un rapiñador te hiciera añicos la cabeza. Una chica se hace con la felicidad que puede cuando nadie la mira; así es como gana.

Madre Fleur se aclaró la garganta y notó el pétreo silencio de Aster.

—Me queda claro que esa mueca animal ya es permanente en tu cara, Aster, pero no te vendría mal mostrar un poco más de entusiasmo por el gran día de tu hermana —le advirtió.

Clementine le lanzó una mirada a su hermana.

—No le gustan las mañanas —explicó Clementine, nerviosa—. Nunca le han gustado. Anda, Aster, sonríe para Madre Fleur.

Aster se volvió hacia Madre Fleur y le mostró los dientes. Madre Fleur apretó los labios en una delgada línea, una bien conocida señal de desaprobación. Aster sabía que nunca había sido una de las favoritas de la matrona. No porque se comportara mal de forma explícita —se negaba a darle a Madre Fleur el placer de castigarla—, sino porque siempre había sido como un puño en su costado: tensa, hostil, a la espera del momento adecuado para golpear.

Esa ira que quemaba como una llama tenue había subido de temperatura en los últimos días. Aster no dejaba de pensar en su propia Noche de Suerte, hacía poco más de un año, cuando Madre Fleur la vendió a un esquinco enclenque y con ojos de canica. Le prometió a Aster que sería la noche de la que se sentiría más orgullosa en su vida, la noche en que se convertiría en mujer.

No se convirtió en mujer. Se convirtió en una sombra con sed de sangre y un pozo de vergüenza en el corazón. Lo único que le impedía caer por ese pozo era saber que Clementine la necesitaba.

Aster no creía que fuera posible sentirse más impotente que cuando aquel primer hombre le puso las manos encima. Se equivocaba. Esto era peor.

—Yo diría que me debes una disculpa. ¿No lo crees, Aster? —continuó Madre Fleur, claramente insatisfecha—. ¿O deberíamos hablar con Dex?

El líder de los rapiñadores.

Aster aflojó los dedos.

—Le ruego me disculpe, Madre Fleur —murmuró—. Clem tiene razón. No me había despertado tan temprano desde hace mucho tiempo.

Madre Fleur le lanzó una mirada fría y suspicaz, pero dejó el tema para evitar una discusión.

—Pues las mañanas de ocio son uno de los muchos privilegios de ser una Chica del Ocaso que Clementine tiene por delante —dijo con falsa deferencia—. Bien. Debo bajar a abrir la casa. Pero confío en que ayudarás a tu hermana a terminar de acomodarse.

—Será un placer.

Madre Fleur le clavó la mirada amenazante un momento más, después se dio la vuelta y le lanzó una brillante sonrisa a Clementine.

—Bueno, pues feliz cumpleaños —dijo con grandilocuencia—. Os veré a las dos en el desayuno.

Las dejó solas.

En cuanto Madre Fleur estuvo fuera de su vista, Clementine soltó un silbido y cayó de espaldas en la cama; la falda de su vestido amarillo ondeó a su alrededor como una campana.

—¡Por el Velo! Esta habitación es digna de una princesa. Creo que es más grande que la tuya.

Aster sonrió a su hermana a pesar de su recelo. Cruzó los brazos.

—Ah, ¿sí? No veo por aquí ninguna ventana, como en la mía. Pero sí, tienes razón. Esta es más grande. Eres una mirada.

En realidad, Aster se habría quedado con la habitación más pequeña de todas si eso hubiera implicado conservar su ventana. Le gustaba ver la salida del sol sobre las montañas por la mañana, con la luz derramándose como oro líquido sobre el valle donde Green Creek languidecía. La Casa de Bienvenida estaba cerca del centro del pueblo, lo que le pro-

porcionaba una vista de casi todo, desde las pulcras tiendas que abarrotaban la avenida principal hasta el muro que rodeaba el pueblo, de mortero mezclado con teomita para alejar a los espíritus vengativos.

Esa vista era una distracción, la única que tenía.

—¿Mimada?, ¡y un rábano! —continuó Clementine—. He luchado por esta habitación. Y esta cama. Mira, incluso las almohadas tienen almohadas.

—¿Es mejor que los catres de arriba, con peste a orina? —preguntó Aster.

—Mucho mejor. —Clementine se sentó; una sombra cruzó su cara—. Pero supongo que así es como debe ser.

Una sensación fría y reptante apareció en las entrañas de Aster.

—No te preocupes por eso ahora —dijo, y tiró de Clementine para levantarla—. Vamos a por tus cosas, a hacer que te sientas en casa.

La alegría de Clementine volvió a su rostro.

—Sí. Si nos damos prisa, alcanzaremos a las otras antes de que tengan que ir a la cocina.

Las «otras» eran Tansy y Mallow, las dos mejores amigas de Clementine. Aún vivían en el ático con el resto de las chicas que todavía no habían cumplido dieciséis años. Hasta ese día, Clementine se había ocupado del trabajo de cocina con ellas.

—¿Te parece raro no tener que hacer tareas de la casa? —le preguntó Aster mientras caminaban por el pasillo.

—Pues no las voy a echar de menos, si a eso te refieres. —Clementine resopló. Su sonrisa se desvaneció—. Pero sí extrañaré a Tansy y a Mal.

—Cumplen dieciséis dentro de tres o cuatro meses, ¿no? Serán Chicas del Ocaso muy pronto —la reconfortó Aster.

—Claro. Y aún las veré a veces por aquí —añadió Clementine.

Aster hizo una pausa.

—Sí, eso también.

Pero, por supuesto, no sería igual. Las Chicas del Ocaso y las del Amanecer tenían vidas separadas, y si sus caminos se cruzaban, existía una barrera implícita entre ellas, como el Velo entre los vivos y los muertos. Clementine no tendría permitido hablar del trabajo con las Chicas del Amanecer; pero para las Chicas del Ocaso el trabajo era todo lo que había.

A Aster se le dijo varias veces que debía estar agradecida por el trabajo. Las Chicas de la Buena Suerte nunca pasaban hambre, siempre tenían un hogar y veían al doctor y al dentista dos veces al año. Recibir a los bragos implicaba también que podían vestir ropa con la que otras chicas solo soñaban y disponer de una provisión inagotable de cardo dulce.

Era más de lo que la mayoría en Arketta podía esperar, sobre todo en la Canalla, la pelada cordillera que atravesaba el centro del país. Su ventosa y salvaje extensión era el lugar donde, en los días del Imperio, cualquiera que fuera considerado un criminal era enviado a trabajar a las minas. Algunos fueron capturados en Arketta, en los campos de batalla donde lucharon contra la embestida del Imperio. Otros fueron enviados a Arketta en malolientes transportes de prisioneros desde las colonias. «Sangresucias», los llamaron. Tenían una apariencia idéntica a la de las personas ordinarias, «sangrepuras», salvo porque no proyectaban sombra. A los primeros sangresucias les arrancaron la sombra como parte de su castigo, y sus hijos nacieron sin ella. La deuda de un sangresucia nunca podía ser pagada, en realidad. Si en un principio debías diez águilas por robar, para el fin de año deberías diez mil por todo: desde el pan rancio que se te racionaba hasta el techo agujerado sobre tu cabeza.

Ahora, casi dos siglos después de la caída del Imperio, había más sangresucias en la Canalla que nunca. Hombres de negocios compraron la tierra y asumieron la deuda de los sangresucias a cambio de su trabajo, un arreglo conocido

como la Conciliación. La Conciliación les prometía a los sangrepuras la oportunidad de convertirse en ricos terratenientes y vivir entre las élites de Arketta, mientras que a los sangresucias les ofrecía la oportunidad de trabajar durante generaciones para deshacerse de su deuda y, al fin, obtener su libertad de la Canalla. Y funcionó bastante bien para los terratenientes, pero los mineros terminaron con los cuerpos destrozados y los estómagos vacíos. Las enfermedades se los llevaron, desaparecieron por la garganta de una montaña, o un vengador los despedazó con sus garras invisibles. No había forma de escapar a la Conciliación, la ley se había asegurado de eso: la frontera de Arketta con el vecino industrial del norte, Ferron, estaba protegida por sus soldados más imponentes, y nadie sin sombra podía atravesarla.

Así fue como las casas de bienvenida consiguieron que las chicas trabajaran ahí. Los buscadores encontraban familias desesperadas con hijas jóvenes y ofrecían llevárselas por una modesta compensación. Las chicas trabajaban como ayuda doméstica hasta cumplir dieciséis años, y después prestaban sus servicios a los huéspedes hasta cumplir los cuarenta. No tenían que pagar por nada, pero tampoco recibían un salario. Era un arreglo injusto, y todo el mundo lo sabía. Pero había demasiadas bocas que alimentar en casa, y si un accidente inesperado incapacitaba a los padres, si la alternativa para una niña era una vida de sufrimiento dramáticamente corta, la Casa de Bienvenida se volvía la única opción. Al menos su barriga estaría llena por las noches. Al menos sus necesidades médicas serían atendidas. De hecho, los terratenientes sostenían que esas chicas eran afortunadas de llevar vidas tan agradables.

El único problema era que Aster nunca eligió esa vida.

Ninguna de ellas lo hizo. Y ninguna podría dejarla. No cuando sus marcas las señalaban como lo que eran incluso después de que superaran la edad. Por más que a los bragos les gustara hablar de lo buena que era la vida de las Chicas

de la Buena Suerte, jamás mencionaban que la mayoría moría en las calles, como mendigas. En casos increíblemente inusuales, un brago adinerado compraba a una chica de las casas para su uso exclusivo. Pero aquello no era en absoluto preferible: una vez comprada, la chica era propiedad del brago de por vida.

La mano de Aster se desplazó hasta su cuello, donde una cadena de flores de delgados pétalos teñía su piel como brillantes explosiones negras. Había pensado en escapar, era imposible no hacerlo. Pero una marca no solo etiquetaba a alguien como propiedad de una Casa de Bienvenida; también estaba embrujada. Si alguna chica intentaba eliminarla, ya fuera con maquillaje, un pañuelo o cualquier otra cosa, la tinta se calentaba y brillaba como hierro entre las llamas: roja primero, luego anaranjada, amarilla y después blanca. El dolor era tolerable durante algunos minutos, pero siempre terminaba por doblar hasta a las más fuertes, y tardaba horas en pasar.

No podían ocultar sus marcas no podían deshacerse de ellas. Ni siquiera podían cruzar la puerta. Dex montaba guardia en el recibidor, controlando todos los movimientos de la casa con sus ojos del color del óxido. Se suponía que estaba ahí para protegerlas, pero todas sabían que cualquier chica que intentara escabullírsele sería cazada y llevada de vuelta a rastras para sufrir una agonía prolongada.

Aster solía pensar que con el tiempo se acostumbraría a la Casa de Bienvenida, que incluso aprendería a ver el glamour de la situación, como hacían varias de las chicas. Ese autoengaño tal vez lo hacía todo más tolerable para ellas, pero para Aster no había suficiente tiempo que pudiera convertir ese tonel de orina en vino. La única buena suerte que veía era que ella y Clementine aún se tenían una a la otra. La mayoría de las chicas no volvían a ver a su familia jamás.

Delante de ella, Clementine llegó a la escalera y subió los escalones de dos en dos, ágil y silenciosa. Aster la siguió,

guiada por la memoria muscular para sortear las grietas bajo la alfombra. Dieron la vuelta a la esquina y pasaron el tercer piso, lugar de la residencia privada de Madre Fleur, y continuaron subiendo hacia el ático inacabado.

—¡Feliz Noche de Suerte, Clementine! —trinó una chica más pequeña al pasar junto a ellas en la escalera. Otras dos la siguieron y casi tiraron a Aster en su prisa.

—Ay... disculpe, señorita Aster —tartamudeó una de ellas. Seguramente no esperaba encontrarse con una chica mayor ahí arriba.

Aster hizo una mueca al oír la reverencia en su voz, como si ella misma no hubiera sido una más hacía apenas un año.

—Está bien —farfulló. «Y no me llames “señorita”», quiso agregar. Pero, por supuesto, ellas solo hacían lo que les habían ordenado. Aster pasó junto a ellas.

El ático funcionaba como una recámara improvisada y no tenía ninguno de los lujos del resto de la Casa de Bienvenida: los suelos estaban desnudos, repletos de clavos medio salidos, y el frío aire de la mañana se colaba entre las paredes. Una fila de linternas ofrecía una luz enfermiza e intermitente. Un alacrán muerto reposaba en el pretil de la ventana. Por las noches, cuando todo estaba en silencio, se podía oír el crujido de las vigas de las que una chica se había colgado con sus sábanas hacía treinta años, y si eras lo suficientemente tonta como para abrir los ojos, podías ver también su pálido vestigio.

Pero era una mañana ruidosa y llena de vida, y unas dos docenas de Chicas del Amanecer corrían de un lado a otro, preparándose para comenzar a trabajar. Daban prisa a sus amigas, hacían sus camas y se ponían los vestidos de criada, de tieso lino verde debajo de un crujiente delantal blanco. A pesar de que todas usaban los mismos uniformes, sus cuerpos eran de todas las tallas, figuras y colores. Era por todos sabido que una Casa de Bienvenida que ofreciese variedad tendría más clientes.

Aster sintió una oleada de pena al pasar entre los catres. La mayoría de las Chicas de la Buena Suerte eran sangresucias como ella y Clem, y llegaban a la Casa de Bienvenida vacías y hambrientas, sin su sombra siquiera para hacerles compañía. Las más jóvenes, de apenas diez años, aún tenían ese aspecto enjuto, pero conforme crecían se volvían corpulentas y sanas. Sin embargo, solo eran ganado de engorde de camino al matadero, y la mayoría ni siquiera lo sabía todavía.

«No pienses en eso —se recordó Aster—. Sonríe. Por Clementine.» Suspiró y se relajó. Volvió la mirada hacia el único espejo de la habitación, donde Clementine presumía de su atuendo delante de Tansy y Mallow.

El inseparable par eran polos opuestos: Tansy, con su alocado cabello rubio y piel blanca y pecosa; y Mallow, de piel cálida y morena y cabello oscuro lacio y corto. A sus quince años, estaban entre las mayores del ático; sus marcas casi habían florecido por completo. Pequeños grupos de flores redondas punteaban el cuello de Tansy como copos de algodón. La marca de Mallow era tan delicada como ella hosca, y cada flor se desplegaba en cinco pétalos con forma de corazón.

—Esto no es lo que usaré esta noche, por supuesto —decía Clementine cuando Aster se acercó—. Me cambiaré después de la subasta. Pero mi armario ya está lleno de más delicias como esta.

—¿Estás nerviosa? —preguntó Tansy mientras jugueteaba con la punta de su deshecha cola de caballo.

Clementine vaciló. Tenía la respuesta dibujada en el rostro, pero Mallow le dio un empujoncito de ánimo.

—Claro que no lo está. Está a punto de salir de este agujero para siempre —dijo Mallow mientras miraba alrededor del ático.

Clementine le dirigió una rápida mirada de alivio.

—Sí, pase lo que pase hoy, supongo que merecerá la pena para comenzar a vivir como una Chica del Ocaso —asintió.

Aster se quedó atrás, mirándolas con un vacío en el pecho. A diferencia de Clementine, nunca hizo amistad con ninguna de las otras chicas. Era mejor así. No podía perder a quien nunca tuvo.

«Claro que un par de caras amigables después de mi Noche de Suerte no me habrían venido mal», pensó. Clementine y las otras parecían creer que las cosas serían mejores cuando llegaran a su edad. Aster no tenía corazón para decirles que todo sería mucho peor.

En cambio, conjuró una sonrisa y se les unió.

—Vamos, Clem. Tenemos que estar abajo para tu desayuno de celebración en unos minutos.

—Ay, qué placer verla también, «señorita» Aster —dijo Mallow, sin el más mínimo rastro de reverencia de las chicas en la escalera.

Tansy soltó una risita.

—Prométeme que no te vas a volver demasiado buena como para saludarnos, Clem.

—Señorita Clem —dijo esta, juguetona.

Aster resopló.

—Escuchad. Yo solo he venido a deciros que crecer no significa que Madre Fleur dejará de torturaros si no hacéis lo que ella ordena. Y lo que ha ordenado es que te instalaras en tu nueva habitación antes del desayuno. Ahora, ¿dónde están tus cosas?

Clementine suspiró de manera dramática, pero las guio hasta su catre. Un sencillo baúl se encontraba al pie del mismo. Ya no necesitaría su ropa vieja, por lo que solo rescataron sus posesiones más preciadas. Notas y dibujos de otras chicas que había coleccionado a lo largo de los años, un frasco de dulces sobrantes del Día de la Conciliación y una pluma de un rojo intenso que había encontrado al barrer una chimenea.

—¿Y qué hay de...? —preguntó Tansy al fin, con la muñeca de trapo de Clementine en las manos.

Aster miró a Clementine, cuya expresión se descompuso por un breve instante. Pero luego apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Os imagináis cómo sería tener que explicarle algo así a un brago? —bromeó Clementine—. La última chica que estuvo en este catre me la dejó. Yo haré lo mismo y la dejaré aquí para la próxima niña.

«La próxima niña», pensó Aster sombríamente.

«Siempre hay una próxima niña.»